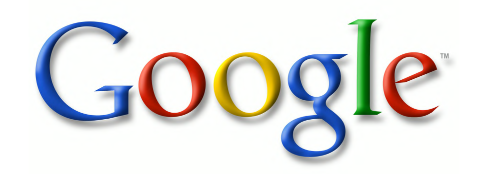
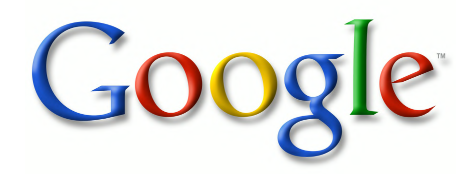
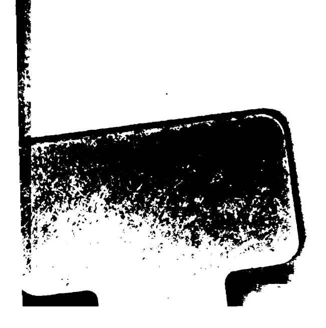



Google



A la Srta Olona actriz notabilísima

Leopoldo Pardo é Iruleta

EL SERVICIO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

EL SERVICIO

EL SERVICIO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

Leopoldo Pardo é Iruleta

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL de Santander, en la noche del 16 de Febrero de 1905

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1905

A Don Rafael Ramírez

A usted, director inteligente y actor notabilísimo de quien tanto pueden aprender algunas eminencias, *dedica «El Servicio» su afectísimo amigo,*

Leopoldo Pardo é Iruleta.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA JUANA, 60 años....	padres de	Sra. Domínguez.
DON TOMÁS, 60 íd.......		Sr. Sánchez-Bort.
LUISA, 20 íd., mujer de..............		Sra. Olona.
RAMÓN, 30 íd........................		Sr. Puga.
PACO, 30 íd.....................		Ramírez.
SEÑORA DE VALDIVIA...	padres de	Sra. Grajera.
SEÑOR VALDIVIA.......		Sr. Pérez-Indarte.
SEÑORITA 1.ª.......................		Srta. Burillo (S.)
IDEM 2.ª..........................		Burillo (I.)
IDEM 3.ª..........................		N. N.
TRES NIÑOS.....	que no hablan.	
UNA VIEJA......		

Epoca actual.—La acción en verano

Derecha é izquierda del apuntador

ACTO UNICO

Comedor amueblado con algún lujo. Espejo grande. Aparador moderno entre las dos puertas laterales izquierda. Puerta al foro y las cuatro laterales. En todas las puertas laterales cortinas Entre las dos laterales derecha un sofá. En el centro de la escena, mesa pequeña de comedor, cubierta con tapete. Reloj de pared. La puerta del foro libre, y en el forillo un perchero de lujo.

ESCENA PRIMERA

LUISA y RAMÓN

LUISA sentada en el sofá; viste bata elegante, holgada, para tener debajo el traje que ha de usar en la escena séptima, sin tiempo para cambiarse de ropa. Cuidadosamente peinada, realizará todos los movimientos muy pausadamente, haciendo notar su temperamento tranquilo, calmoso, y preparando el contraste con la escena séptima. RAMÓN en el foro dejando el sombrero y el bastón en el perchero; viste de diario, elegante

RAM. (Entrando hasta el sofá.) ¿He tardado?

LUISA (Mirando al reloj de pared.) Menos de diez minutos. (Pausa.) ¿Se arregló?

RAM. No; imposible: los camareros le amenazan con secundar la huelga si sirve comidas fuera del establecimiento. (Ramón se sienta en una butaca.)

Luisa (En pie, acercándose á Ramón.) Yo no comprendo por qué te niegas tú tan resueltamente á llevar á tu amigo al restaurant.

Ram. Eso es, llevarle al restaurant, y pensará que no tengo casa ó que mi mujer y mi casa no son presentables, ó que no le considero digno de sentarse á mi mesa de familia. Tú olvidas que hace más de diez años no veo á Paco, y que de entonces á hoy su posición ha cambiado mucho. El no era muy escogido en sus aficiones ni etiquetero con los condiscípulos, pero, ¡quién sabe si debiendo ser hoy para mí un amigo de confianza resultará de cumplido! (Tonos oratorios.) Los que se encumbran olvidan demasiado pronto á sus compañeros de colegio, por la misma razón que los postergados recordamos á cada momento la poca ó mucha amistad que nos ha unido con los que llegan á encumbrarse. (Posturas de orador.) ¿Y por qué, señores? (Mira en derredor, ve á Luisa distraída, se apercibe de la situación y se sienta.)

Luisa ¿No sigues? (Con mimo.) Me iba gustando tu discursito.

Ram. (Con satisfacción) ¿De veras? Pues lo dejé porque temí cansarte, como á tu madre.

Luisa (Con mimo, acercándose á Ramón.) ¿Cansarme? ¡Si hablas muy bien! Cuando consigas al fin ser diputado me llevarás todas las tardes á una tribuna para oirte, ¿verdad?

Ram. No, hijita, todas las tardes no hablaré yo. (Vanidosamente.) Hablaré mucho, pero tres ó cuatro veces á la semana: algún día he de dejar hablar á Romero Robledo. (Transición. Se levanta.) Basta de política. Es preciso disponer las cosas de manera que Paco coma hoy aquí. Su protección, ahora que el hermano, Director general, goza de positiva influencia, puede ser eficaz para el logro de mis ambiciones. Estas gentes agradecen mucho los obsequios fuera de la corte, en estos rincones donde los viajes de los políticos son cada día más indiferentes para los ciudadanos libres. (Pasea.) Ni Paco ni su hermano sabrán

nada de la huelga que padecemos hoy; el Ayuntamiento ha resuelto el conflicto del servicio para el almuerzo oficial, y el Gobernador, que confía en una solución pronta, ha decidido que el ilustre viajero no se entere de la huelga en las pocas horas que se detiene aquí. Ya ves que todos hallan soluciones...

LUISA (Se sienta.) Sí, ya veo que ésta es una prueba demasiado dura para mis comienzos de ama de casa. (Pensativa.) ¿Y qué haremos, Ramón?

RAM. ¿Qué haremos? ¡Qué acobardada estás! (Reconviniéndola.) Hijita, te creí más despabilada, de más remango. ¿Qué haremos? ¿A mí me lo preguntas? No lo sé, no tengo obligación de saberlo. Pues qué, (Tonos oratorios.) ¿van á estar también á mi cargo, pesando sobre mí, los minuciosos cuidados del hogar? (Doña Juana en la puerta del foro sin ser vista por Luisa y Ramón.) En la complicada organización de la vida material cada cuál debe resolver los problemas correspondientes al departamento que dirige, gobierna ó administra.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA JUANA

JUA. Muy bien, señor diputado en ciernes. (Con sorna.) Aplausos en las tribunas.

RAM. (A Luisa.) (Tu madre, se me acabó la inspiración.)

LUISA (Sale al encuentro de doña Juana, se besan.) ¡Ay, mamita mía, qué falta me estabas haciendo! ¿Recibiste mi tarjeta?

JUA. Sí, la recibí; por eso vengo. (A Ramón.) Buenos días, yerno.

RAM. Muy buenos, ¿y mi suegro? (Con interés.) ¿Tuvo carta del Duque?

JUA. (Doña Juana y Luisa se sientan en el sofá.) ¡Dichoso Duque y dichosa acta de diputado! Tu sue-

gro tan loco como tú con la política. Hoy no piensa más que en la visita de médico conque nos honra... (Con sorna.) el director general.

LUISA ¿Vendrá luego papá? (Ramón pasea.)

JUA. ¡Imposible, hija! No tendrá hora para la familia. Tú no sabes bien todavía el interés que tu padre pone... en todo lo que no le importa.

RAM. Señora, los asuntos políticos importan á todo ciudadano...

JUA. (Interrumpiéndole.) No estoy para refritos oratorios. (Ramón pasea.)

LUISA ¿Vendrás dispuesta á ayudarme?

JUA. (Señalando á Ramón.) Si éste me lo permite. Ya sabes que no me gusta mangonear en casas ajenas.

LUISA ¡Ajenas, mamá!

JUA. Ni en la de mis hijos, ya lo sabes.

RAM. (A doña Juana.) Ha sido usted llamada; hoy es necesaria su presencia aquí.

JUA. ¿Sí? Pues al avío. Yo no me hago rogar, como las niñas que aporrean el piano. (Se quita el sombrero al espejo. Luisa junto á doña Juana.)

LUISA ¡Si estás admirablemente con tu peluquín!

JUA. No me hallo con este solideo: le he puesto para que me dejéis en paz, pero ya le dije al franchute, que en cuanto me moleste, se lo pone él. A ver, un delantal. (Vase Luisa primera lateral derecha.)

RAM. (A doña Juana.) Ya se habrá usted enterado por la tarjeta, de lo que ocurre.

JUA. Sí, y no comprendo tu torpeza no sabiendo resolver el conflicto.

RAM. ¿Yo? (Entra Luisa con un delantal que entrega á doña Juana.)

LUISA Toma.

JUA. Tú y ésta, y ésta y tú. ¡Tener un convidado de cumplido y permitir á las fregonas que se declaren en huelga!

LUISA ¿Y qué podíamos hacer?

JUA. Cualquier cosa, llamar á un guardia.

RAM. Señora...

JUA. ¡No faltaba más! ¡Rebajarse ante las preten-

siones de cuatro fregonas que quieren robarnos!

RAM. Eso no; ellas piden el mejoramiento de su clase. La huelga es lícita.

JUA. (A Luisa, señalando á Ramón.) Ahí le tienes, ahí está el germen de esta insurrección. (Ramón hace un gesto despreciativo y pasea.)

LUISA (Interviniendo.) Hablemos de nuestro apuro: ¡qué apuro tan grande!

JUA. Por culpa de tu marido, que podía recibir á su amigote en la estación y llevarselo á comer á cualquier parte.

RAM. Imposible: usted no conoce las causas íntimas de esta invitación.

LUISA Se trata del porvenir político de Ramón.

JUA. ¿Pero es tu porvenir político lo que se trata de salvar? Pues me marcho. (Se quita el delantal.) Estoy de política hasta aquí. (El moño.)

RAM. (A Juana, afectuoso.) Mamá, he de tener alguna aspiración... (Luisa mira suplicante á Juana.)

JUA. No me enterneces llamándome mamá. Me quedo... por ésta. (Señalando á Luisa.)

LUISA Porque eres muy buena.

JUA. (Poniéndose el delantal.) ¿Pero qué demonio de atractivo tiene la política para vosotros los desocupados que no os deja vivir? Tú y mi marido y mi marido y tú teneis bastante con administrar los cuatro cuartos heredados, gracias á los que vivimos con alguna holgura. ¡Política! (Despreciativamente.)

RAM. No sé lo que tiene, pero atrae, llama, fascina...

JUA. (Con indignación.) Me quedo, pero sin discursitos. Aprovechemos el tiempo: ¿Qué teneis preparado? (Ramón y Luisa callan.) ¿Eh?

LUISA (Con timidez.) Nada... (Juana mira á Ramón.)

RAM. (Vivamente.) Nada.

JUA. Os ahogais en poca agua. ¿Es así como piensas gobernarnos, señor estadista? (A Ramón.)

RAM. Son otras las ocupaciones de mi sexo. (Luisa recoge el tapete.)

JUA. Sí; las mismas de tu suegro, á quien no he conocido más ocupación que la chismografía, y esa nunca fué masculina.

RAM. Voy á vestirme. (A Luisa.) ¿Tengo la ropa preparada?

LUISA (Sacando del aparador cubiertos y una gamuza que coloca sobre la mesa.) Sobre la cama lo tienes todo dispuesto. (Ramón entra segunda lateral derecha. Luisa y Juana limpiando cubiertos en pie, una á cada cabecera.)

JUA. ¿A que no sabes quién se casa?

LUISA Lucía; me lo dijo Ramón.

JUA. ¡Te parece! Yo, desde que la dejó plantada el octavo forastero (aquel escribiente del Tribunal Supremo), la tenía por soltera en última instancia. En aquello acertó don Cosme, el Presidente de la Audiencia, que me dijo: (Imitando voz de hombre.) «Sobre la soltería de esa chica he dictado sentencia, y créame usted, doña Juana, esa no me la casa ni el Supremo.»

LUISA Siempre tuvo gancho Lucía para los forasteros: soltero que llega hoy le pasea mañana la calle; parece que sale á esperarlos.

JUA. Sí, pero le sucede lo que á los golfos que aguardan el tren á la puerta de la estación: no carga más que con maletas. Estuvieron ayer los padres en mi casa á dar parte. ¡Matrimonio más indigesto! ¡Tienen un entusiasmo tan insultante por todo lo suyo y un desprecio tan profundo para todo lo ajeno! Miran lo propio con cristales de aumento, y para ver lo ajeno, vuelven los cristales del revés. Hay que oirles contar excelencias del futuro yerno, que, según Eloisa, es un vago, que busca quien le mantenga.

LUISA Confiesa que á tí nunca te fueron simpáticos.

JUA. Pero hija, ¿quieres creer que tuvo ella el descaro de hablarme de los triunfos médicos de su marido?

LUISA ¿Ha ejercido don Lucas?

JUA. Ejerció hasta que le tocó la lotería: una lotería providencial para la humanidad doliente. No le llamaba nadie: se metió en la camarilla de don Severo (que entonces era alcalde) y no paró hasta que le hicieron mé-

dico del Hospital: pero tuvieron que echarle. ¡Aquel, aquel sí que fué un escándalo gordo! Hacía la visita al volver del paseo: la mujer esperaba en el coche, él subía, se paraba en el recibidor, escuchaba el parte del practicante y decía: (Imitando voz de hombre.) «A los de la derecha caldo, y á los de la izquierda sal de higuera.» Y al día siguiente cambiaba.

LUISA ¿Y al otro día?

JUA. ¡Mujer! para el tercer día no quedaban enfermos. Los periódicos protestaban á diario, le cantaban coplas los chiquillos: ¡todo el mundo se metía con él!

LUISA ¿Y le botaron?...

JUA. Le votaron: salió de allí por sufragio universal.

LUISA ¿Tú conoces al novio?

JUA. Sí; es otro forastero, como no podía menos de ser.

LUISA ¿Joven?

JUA. Con los cuarenta.

LUISA ¿Elegante?

JUA. Muy finchado, como buen gallego.

LUISA ¿De qué pueblo?

JUA. De Villagarcía.

LUISA ¿Capital? (Expresando dinero, movimiento de los dedos pulgar é índice.)

JUA. (Expresando que no tiene un cuarto, moviendo hacia la izquierda la mano derecha por delante de la boca y á la altura de ésta.) Pontevedra. Una alhaja, lo que dice Eloisa.

RAM. (Sale por primera lateral derecha vestido de levita y copa alta.) Si ustedes no me necesitan me voy.

LUISA (Yendo á él. Contrariada.) ¿Te vas?

RAM. (A Luisa.) (Sí, hijita, no puedo oir con calma las intemperancias de tu madre.) (Alto.) He de hacer algunas cosas antes de la llegada del tren. (A Luisa, dándole las manos.) Adiós, mujercita. (A Juana.) Hasta luego. (Vase foro.)

ESCENA III

DICHAS

JUA. Sí, que se vaya. ¡Para lo que había de valernos!...

LUISA Mamá, eres injusta con él. Ramón es bueno y cariñoso.

JUA Es verdad: tu marido es bueno, es cariñoso hasta conmigo... á veces, pero no lo puedo remediar. Su tranquilidad de espíritu, su sangre de horchata y su afición á la indecente política, me hacen creer cuando está Ramón en mi presencia, que tengo delante á tu padre... y me desbordo. En realidad mis desahogos no van con él; es que arreglo el refrán á las circunstancias: «A tí te lo digo yerno; entiéndolo tú, marido», y mi marido no lo entiende. (Transición.) ¿Pero qué tienes dispuesto?

LUISA Ha sido tan inesperado...

JUA. Mi cocinera tomó el tole de madrugada. La pagué ayer, día treinta, y hoy tuvo buen cuidado de marcharse antes que se levantara Antonia: recogió los cuatro trapos que tenía en casa ¡y la del humo!

LUISA ¿Sin despedirse?

JUA. ¡Naturalmente! ¡Despedirse! Eso era antes, cuando nosotras, las tiranas, esclavizábamos á la pobre chica. Ahora hemos adelantado mucho y desde que nos ha invadido esa nube de profesores de lenguas, ¡hasta las cocineras se despiden á la francesa!

LUISA Cuando nos levantamos nos entregó la portera este papel impreso, (Le coge del aparador.) por encargo de Juana y Petra, que salieron muy temprano.

JUA. Algún manifiesto incendiario. (Se sienta.)

LUISA No, es su programa, verás. (Lee en]) «¡Compañeras!»

JUA. ¡Compañeras! (Indignada.)

LUISA «Ha llegado el día de nuestra emancipación. Una no ha de ser siempre esclava. En la madrugada del día primero, y como muestra de solidaridad, abandonaremos el trabajo todas las sirvientas de un solo sexo» (A Juana con inocencia.) Esto de un solo sexo dice Ramón que tiene mucha gracia.

JUA. ¡Muchísima! (Impaciente.)

LUISA (Lee.) Nuestro tema es éste: «Todo para la criada.» Pedimos ocho horas de trabajo, ocho horas de recreo, ocho horas de descanso, ocho horas de soldada.

JUA. Y ocho horas de soldado...

LUISA La instrucción obligatoria por parte de los amos. Las señoras deberán enseñarnos á leer, escribir, sumar, restar.

JUA. ¿Sisar?

LUISA Multiplicar y dividir. A falta de las amas pueden enseñárnoslo los señoritos. Además, nos proponemos conseguir que el Gobierno reconozca nuestro derecho a los beneficios de la ley de accidentes, que no la faltan á una. Compañeras, unión. Pepa, Sinforosa...

JUA. Muy bien, admirablemente. (Pasea furiosa.) Conque es decir que no son solo las tuyas, sino todas; todas menos mi fiel viejecita. Un ejército de sartén y escoba organizado al amparo de la ley. ¡La ley! ¿Quién hace la ley? Y que todavía venga tu padre á contarme chistes de Romero, sonrisas de Silvela y arrogancias de Maura. ¡Valientes... no sé qué iba á decir! A este estado han traído las cosas esas eminencias. (Apoyándose sobre el respaldo de una butaca. Tonos oratorios.) Los hombres políticos son...

LUISA Mamá, y luego riñes á mi marido.

JUA. Es verdad; todo lo malo se pega. Sigue; ¿leísteis ese papelucho?

LUISA Ramón vió al dueño del restaurant, pero inútilmente; los camareros no le consienten servir comidas fuera del local. Y viniste tú. .

JUA. Hagamos el plan lo mejor que se pueda: la cocina no te apure; yo cocinaré.

LUISA Mamá, si te hace daño...

JUA. No es cosa mayor, yo cocinaré; pero el servicio...

LUISA Si tu viejecita estuviera un poco más presentable...

JUA. No; la pobre no puede ya. Además la necesito yo en la cocina: tú no sabes y yo voy perdiendo los memoriales y me hace falta ayudanta. (Pensativa.) Ya está: la portera puede serviros.

LUISA Se lo dijimos, pero tiene que servir en el principal á los del casero.

JUA. Pues hija, yo no atino...

LUISA (Con alegría.) Ya está arreglado; verás. (Entra primera lateral derecha. Juana se acerca mirando á la puerta, pero sin entrar.)

JUA. ¿Qué irá á hacer esta chica?

LUISA (Sale primera lateral derecha, con delantal puesto y servilleta al hombro.) ¿Qué tal te parezco?

JUA. ¿Tú?

LUISA ¿Y qué remedio? Cuando venga Ramón le prevendré y dirá al amigo cualquier cosa: que me he ido á comer con vosotros para dejarles más libertad.

JUA. Pero quítate los pendientes y el imperdible y procura (Le quita las alhajas que entrega á Luisa.) sacudir tu aire demasiado inocentón y sencillo para las doncellas de ahora. (Imitando el contoneo.)

LUISA (Con pena.) ¡Ay, mamá, pero tan pava soy!...

JUA. Hija, yo no he dicho...

LUISA Es que hoy también me lo dijo Ramón. (Guarda las alhajas en un cajón del aparador.) Lo procuraré, mamá, y hasta me pondré ropa más en caracter, ya verás. (Riendo.)

JUA. No hay tiempo que perder. ¿Tienes preparados los ingredientes?

LUISA Sí, tomé ayer esa precaución.

JUA. Pues á la cocina: mi vieja no tardará. (Yendo al foro; vase Luisa.) Emancipación, la ley. ¡Fregonas! ¡¡sisonas!! (Vase foro.)

ESCENA IV

LUISA, JUANA, dentro. CRIADA vieja que pasa por el foro.—Campanilla

JUA. (Dentro.) Que llaman.

LUISA (Entra por el foro cargada de platos que deposita sobre el aparador.) Voy. (Campanillazo. Vase Luisa hacia la izquierda. Dentro.) Hola, chacha; pasa, que en la cocina está mamá. (Pasa Criada vieja por el foro. Desde la puerta del foro hacia la derecha.) Ayúdala mucho que la pobre se aturde. No está ya para estos trotes. (Saca de la parte baja del aparador mantel y servilletas.) Comencemos la labor. (Tiende el mantel sobre la mesa y le mira.) Está torcido. (Le da un tirón.) Toca en el suelo por aquí. (Otro tirón y se aparta para mirar.) Y ahora toca demasiado por allí. (Otro tirón.) No está bien todavía, (Otro tirón.) así, así. Tiene razón Petra en lo que dice cuando la riño; es este mucho mantel para tan poca mesa. (Coloca sobre la mesa los platos del aparador.) Trabajemos por nuestro porvenir político. Nuestro, sí, ¿con quién ha de compartir Ramón sus futuros triunfos? Con su mujercita que le ayuda ahora á llevar la pesada carga de desengaños y amarguras que se recoge en los primeros pasos. ¡Pobrecillo! ¡cómo lucha por hacerse su huequecito! ¡Cuánta contrariedad, cuanta envidia y qué largo hacen el camino! El Ayuntamiento, la Diputación, el Congreso... Una escala que hay que subir peldaño á peldaño, con fuerzas superiores á las de todos los contemporáneos que tiran desesperadamente de los faldones de la levita del ambicioso. (Transición.) Pero al fin de la jornada están todos los honores, todas las preeminencias, todo lo que más satisface el amor propio, eso que los escrupulosos llaman vanidad. (Parándose; con convicción.) Debían empezar por ministros. (Sigue traba-

tando.) Recuerdo con orgullo la primera vez que Ramón habló en el Congreso. Estábamos en Madrid. Ramón iba todas las tardes con su papeleta á la tribuna pública, y una noche entró en la fonda diciendo lleno de gozo: ¡he hablado en el Congreso! ¡he hablado en el Congreso! ¡Con qué avidez busqué al otro día las revistas de la sesión! Y lo que es no estar enterada de estas cosas: no lo encontré. Después me lo enseñó Ramón: estaba al terminar un párrafo del discurso de Moret y decía: «Murmullos en las tribunas». (Con vanidad satisfecha.) Los murmullos eran de mi marido. (Limpiando una copa.) Jesús, qué cristal más deslucido es éste; no acaba una de verle limpio. Sí, esta berruguita es del cristal y parece una mancha; buenos sermones le ha costado á Petra esta berruguita...

ESCENA V

DON TOMÁS y LUISA

TOM. (En la puerta del foro, viste levita y sombrero de copa alta.) Buenos días, niña. ¿Preparando el almuerzo? (Luisa le sale al encuentro y le besa.)

LUISA ¡Ay, papá! ¿pero no has llamado?

TOM. Y para qué, estando la puerta de par en par...

LUISA (Es verdad, la dejé yo así cuando abrí á la chacha. Y también por eso riño mucho á Petra.)

TOM. ¿Y Ramón, (Enseñando un papel azul.) no ha vuelto?

LUISA A la estación fué. ¿Tú no has estado?

TOM. Sí, hija mía, lleno, llenísimo de gente. (Guarda el telegrama. Complaciéndose en el relato.) Al entrar el tren en agujas, dí un estruendoso «¡Viva Pérez!», el Director general que fué contestado unánimemente... por tu marido,

que estaba junto á mí. Detuvo el monstruo su carrera vertiginosa, abrióse la portezuela y apareció en la plataforma nuestro ilustre huésped, elegantísimo.

Luisa (Con curiosidad.) ¿Cómo viaja?

Tom. De gorra, es la moda actual. Inmediatamente se acercó el elemento oficial á saludarle. El Gobernador, la Diputación, el Municipio... para todos tuvo Pérez una sonrisa, una frase, un apretón de manos. Oye, por cierto que el hermanito y media docena de puntos que le acompañan, tienen unas fachas... De gorra también—todos de gorra— peinados para el pueblo, los más, de cara afeitada, y algunos, ¡con lunar de pelo! Como que en este puebluco, del que nadie se va sin un mordisco, han encontrado ya la frasecita; dicen que el gobierno nos ha engañado, que ofreció mandarnos al Director de Obras púcas, y el que ha venido (á juzgar por el acompañamiento) es el Director de Penales. (Con indignación.) ¡Estúpidos! ¿Y tú madre?

Luisa En la cocina, ¡la pobre me saca de buen apuro! (Tomás hacia el foro.) ¡Ah, por fin ha estrenado su peluquín! (Vase Tomás foro.) Que á pechos tomó papá siempre, eso de la hospistalidad castellana. Y en cuanto á él, es una verdad como un templo. (Pausa.) No ha pasado por aquí Rey ni Roque, con quien él no se haya desvivido en obsequios. Así se encuentra hoy en excelentes relaciones con lo más influyente de la política. El Duque por él hará... (Entra Tomás por el foro precipitadamente.)

Tom. Hija mía, tu madre está hoy de vena; ¡qué cosas me ha dicho sobre el viaje del director! ¡¡horrores!! y eso que no la conté lo de los del lunar.

Luisa (Colocando flores en la mesa.) ¿No vas al gran almuerzo? (Aquí estas flores, sí, aquí.)

Tom. Ahora mismo, ya debe ser hora. (Dudando.) (No, no se lo digo.)

Luisa ¿Qué te pasa, papá?

Tom. Nada: (quiero ver yo la cara que pone Ra-

món.) Adiós. (Medio mutis.) ¡Ah! los de Valdivia me dijeron que querían ir á casa á ver el paso de la comitiva á la estación. Ya les dije que está cerrada, que vengan aquí, que por aquí pasa. (Vase foro.)

LUISA Bueno, papá, adiós.

ESCENA VI

LUISA, luego DOÑA JUANA

LUISA Ea, labor terminada. No me he portado mal en mi debut. Está la mesa muy elegantita, muy mona. No le hubiera dado Petra á su trabajo estos toquecitos tan chic... y no lo digo porque esté yo delante.

JUA. (En la puerta del foro, sofocada haciéndose aire con el aventador de la cocina.) Ya tengo el almuerzo listo.

LUISA (Yendo á ella.) ¡Ay, mamá, qué sofocada estás! Te va á dar algo.

JUA. Pierde cuidado, no será mal de muerte. De lo que desconfío es de este armatoste que no sé cómo saldrá de la prueba. (El peluquín.)

LUISA Le tienes torcido. (Arreglándosele.) Voy á vestirme. (Entra Luisa segunda lateral derecha. Juana á la puerta.)

JUA. ¿Tú sabes de qué demonios hacen esto?

LUISA (Dentro.) No, mamá.

JUA. Porque me parece notar como si se reblandeciera con el calor. (Mira el reloj de pared.) La una, y esos caballeretes no vienen. ¿A que dejan que se pase el arroz? (Campanillazo.) Ahí están ya. (Campanillazo.) Pero esas chicas... ¡Ay que tonta, ya no recordaba! (Saliendo por el foro hacia la derecha.) Antonia, abre. (Pasa criada vieja por el foro.)

ESCENA VII

PACO, RAMÓN, LUISA. Luego **DOÑA JUANA.** Entran Paco y Ramón del brazo: dejan los sombreros en el perchero del foro. Paco, vestido con lujo, pero sin elegancia; es un señorito achulado; peinado de planchuelas, camisa de rayas ó cuadros en color. Sortijas, cadena de reloj

RAM. (En la puerta del foro, á la vieja que pasa á la cocina.) El almuerzo en seguida, á escape. (Viene á escena: á Paco.) ¿No te parece? Si hemos de llegar á los brindis del banquete oficial no hay tiempo que perder.

PACO (Revistando la habitación.) Veo que te tratas regularmente (Limpiándose la frente con el pañuelo.) ¡Uf, qué calor!

RAM. ¡Hombre, por Dios! Modestita, pero es tu casa, Paquillo. Yo hubiera querido ofrecerte un banquete regio, en un gran salón.

PACO Basta, basta; no te preocupe eso; ya sabes que yo me encuentro muy á mi gusto allí donde no aparezca la etiqueta.

RAM. No perdamos tiempo, chico. Ese es tu sitio. (Cabecera izquierda; se sientan; Ramón cabecera derecha.) Pues sí, Paco, mis ambiciones políticas, bien limitadas por cierto... un acta de diputado... (Aparece Luisa por el foro con una fuente de servicio; viste blusa ó chambra y falda de colorines, delantal de peto, zapato de mucho tacón, cara muy empolvada, pelo pegado á la frente, servilleta al hombro. Se contonea exageradamente al andar. Ramón se levanta y va hacia ella. Asombro, estupor en Ramón.) Tengo el gusto de presentarte... (A Luisa.) (¿Qué es esto?)

LUISA (A Ramón.) (¿Qué vas á hacer?)

RAM. (A Paco.) De presentarte el primer plato; el arroz, ¡jé, jé, jé!

PACO Ramoncito, veo que sigues tan patoso. Oye, ¿tu mujer no está en casa, verdad? (Luisa junto á Paco; éste se sirve y come.)

RAM. No: mi suegra, ¿sabes? se empeñó en llevársela, ¿sabes?

PACO ¡Si no me importa! Mejor; te lo digo con franqueza. Eso me ahorra unos cuantos cumplimientos que me revientan. Oye, ¿y no vendrá?

LUISA No, señorito; ya no viene.

PACO (Levantándose y haciendo ademán de quitarse la americana; á Ramón.) ¿De veras?

RAM. Cuando ella te lo dice... (Señala á Luisa.)

PACO Pues entonces... (Se quita la americana, Luisa sirve á Ramón.)

LUISA (¡Qué fino!)

PACO (Come.) Las mujeres ajenas en visita sólo sirven para contemplarlas cuando son guapas, y, ¡con franqueza! según me han informado, la tuya no tiene nada que agradecer á Dios. (Luisa, que ha servido á Paco, deja caer la fuente al suelo.)

LUISA (¡Groserazo!)

RAM. (¿Eh?) (A Luisa ayudándola á recoger los cascos del suelo.) (No hagas caso; para mí eres la más bonita.) (Luisa saliendo por el foro.)

LUISA (Tiene razón papá, es un chulo.)

PACO (Comen.) Mujer hermosa, la hermana de Ruiz aquél compañero nuestro, ¿te acuerdas qué niña? ¿volviste á saber de él?

RAM. (Comiendo.) Sí, hombre; vive en un pueblo de esta provincia. Casó muy bien, y hoy es cacique. Tuvo suerte, porque según dicen es hombre que no se deja ahorcar por cincuenta mil duros.

PACO (Comiendo.) Hace bien, para lo que le servirían después de ahorcado...

RAM. Pues como te decía, Paco, mis ambiciones políticas son bien modestas. Aspiro á un acta de diputado... (Entra Luisa con otro servicio; va al aparador y de allí á la mesa junto á Paco. Ramón sigue con la vista, extrañado, los movimientos de Luisa. Al ver entrar á Luisa contoneándose mucho dice:) (¡Me la han dado cuerda!) (Luisa coloca la fuente junto á Paco y espera termine de comer.)

PACO (A Ramón.) No es despreciable la doncellita ésta. (A Luisa.) Te prometo un abrazo. (A Ramón.) ¡Ya veo que te cuidas, picarón!

RAM. (Vanidosamente.) ¡Pchs! ¡Se hace lo que se puede!

PACO (Se sirve.) Tú siempre fuiste el mismo. (Luisa pasa al lado de Ramón.) Para el vino y el juego un carámbano, pero para las mujeres un alto horno. (Ramón se sirve.)

RAM. (Con picardía.) Qué quieres, chico, genio y figura.. (Luisa pellizca á Ramón en el brazo izquierdo.) ¡Ay!... Me... me quemé.

PACO ¿Quemarte? ¡Si está tibio!

LUISA Es la fuente, señorito. (A Ramón.) (¡Infame!)

RAM. (A Paco.) Sí, sí; es la fuente. (A Luisa, suplicante.) (¡Por Dios, no le creas, no le creas!)

PACO (Apercibiéndose del cuchicheo de Ramón y Luisa. Vase Luisa, foro.) Oye, oye, ¿escuchitos? ¿Hay confianza, eh? Alguna miradita, algún pellizquito...

RAM. (Agarrándose el brazo izquierdo con cara de dolor.) Eso, un pellizquito. (Come.) Confianza, relativamente; es una doncella antigua.

PACO ¿Hace mucho tiempo que está contigo? (Paco y Ramón comen.)

RAM. Desde que nos casamos... eso, sí, desde que nos casamos.

PACO Buena casa, buena mujer, mejor doncella, ¿qué te falta para ser feliz? (Comen.)

RAM. Una sola cosa, chico: mis aspiraciones políticas, como ya te he dicho, son bien modestas por ahora. Un acta de diputado... (Entra Luisa con otra fuente y espera segundo término.)

PACO (Se levanta y se quita el chaleco.) Oye, Ramón: no habrás olvidado ninguna de tus conquistas. ¿Te acuerdas de Catalina? (Comen.)

RAM. Catalina, Catalina... (Mira á Luisa que está inquieta.) (Allá va.) Sí; Manolo Catalina el aragonés. (Luisa retira el plato sucio de Paco y el de Ramón.)

PACO No, hombre; Catalina, aquella (Luisa junto á Paco, que se sirve.) niña cursi á quien diste palabra de matrimonio en unos versos muy malos. (Luisa, con los dos platos sucios en la mano derecha y la fuente en la izquierda, hace señas á Ramón por detrás de Paco mientras éste se sirve; Ramón contesta accionando con la servilleta.)

RAM. Tengo una idea, pero no caigo ahora. (Luisa en un movimiento brusco da á Paco con los platos en la cabeza.)

PACO — ¡Eh! ¿qué es eso. (A Luisa.)

RAM. — (Se levanta moviendo la servilleta en el aire.) Una mosca.

LUISA — Sí, eso era.

PACO — Pues mira, hija, si no sabes espantarlas por otro sistema más suave, déjalas que piquen. (Llevándose las manos al cogote.) Prefiero las moscas. (A Ramón.) Pero, ¿has olvidado á tus víctimas? Yo te las recordaré todas. ¿Tampoco te acuerdas de Luz la americana? (Luisa pasa á servir á Ramón.)

RAM. — No recuerdo...

PACO — Pase que no recuerdes la americana, pero ¿y Paca la camisera? (Luisa pisa á Ramón.) ¿Y Antonia la chalequera? Pues lo que es esta sí: Ramona la pantalonera.

LUISA — (A Ramón.) (¿Qué es esto?)

RAM. — (A Luisa.) (Ya lo oyes: que me está cortando un traje.) (A Paco.) No caigo, chico.

PACO — (Enfadado.) Eres un mal amigo, un capuchino falso; no correspondes á mi confianza. (Vase Luisa foro con platos.)

RAM. — No, Paco, eso no, enfadarte no; pregunta cuanto quieras (Con decisión.)

PACO — Los condiscípulos somos como hermanos. ¿A quién creerás que ví hace poco en Madrid? A Ventura.

RAM. — (Con decisión.) Ventura, ¡buena mujer! ¡Vaya una hembra! Esa sí que la recuerdo bien; ¡qué caderas!

PACO — ¿Pero qué estás diciendo, hombre? Ventura Sañudo, aquél estudiante de Veterinaria tan feo y tan bruto. (Entra Luisa y les cambia los cubiertos y sirve agua.)

RAM. — Sí, es verdad, Ventura.

PACO — (A Luisa.) ¿Sabes, niña, que me vas gustando? Luego te daré el abrazo.

RAM. — Paco, hombre, Paco.

PACO — Oye, oye: á ti te molestan demasiado mis chicoleos. ¡Ay, ay, ay! (Con el dedo índice en el ojo derecho.) Tú y ésta os entendeis.

RAM. — ¡Qué nos hemos de entender! (Comen.)

PACO — Veremos si ella es más franca conmigo. (A Luisa.) ¿Hay ó no hay algo? (Señalando á Ramón y Luisa.)

LUISA Sí, señorito, lo hay.

PACO (A Ramón tirándole migas de pan, riendo.) ¡Pero qué poca vergüenza tienes: negarme á mí un secreto! (A Luisa.) ¿Y lo sabe la mujer de éste?

LUISA Desde el primer día.

PACO ¿Y qué dice?

LUISA La mujer de éste lo encuentra muy natural.

PACO (Riendo.) ¡Ah! ¿Conque la mujer de éste lo encuentra muy natural? (Ríe á carcajadas.) Pues lo que es por mí...

RAM. (A Luisa.) ¡¡Luisa!!

LUISA (A Ramón.) (¿No pedías remango?) (Vase foro con platos.) (Sí, pero no te remangues tanto.) (A Paco.) No la creas: ha seguido la broma: una broma que tú no has debido empezar, porque me desautorizas.

PACO Broma, ¿eh? Ramón, eres tan hipócrita como enamorado. (Entra Luisa con una fuente: junto á Paco.)

RAM. Te juro que... (Se sirve Paco.)

PACO Riñones al natural: mi plato favorito, mi delicia. (Saca un pelo del plato: retirándose de la mesa, sentado.) Ramón, un pelo: tu cocinera es sucia: y es cano, tu cocinera es vieja: dos cosas perjudiciales para el estómago. (A Luisa.) Oye, niña, dile á la cocinera que escoja otro sitio...

RAM. Sí, llévate eso, dile lo ocurrido y ruégala...

PACO (A Luisa.) Espera. (Imitando á Ramón.) Dile lo ocurrido y ruégala... (Luisa á la izquierda de Ramón en segundo término.) ¡El mismo de hace diez años! ¡Débil hasta la exageración! ¿Y tú alimentas aspiraciones políticas! ¡No tienes energía ninguna! ¡Valiente cabeza de familia! Un año de casado y estoy seguro de que ahora mismo tiene tu mujer puestos los pantalones. (Ramón mira instintivamente á las faldas de Luisa.)

LUISA (Naturalmente.)

RAM. Qué quieres, es mi genio.

PACO Pues no puedes, no debes seguir así; ahora verás. (A Luisa.) Dile á la tía esa de la cocina que venga.

LUISA (A la tía esa, ¡bárbaro!) (Vase Luisa foro.)

RAM. Sí, que venga: verás mi génio.

PACO (A Ramón.) Esta chica no es guapa, pero tiene un no sé qué, ¿eh? Recuérdame que la he ofrecido un abrazo.

RAM. (Impaciente por cambiar la conversación.) Dime, ¿por qué te hiciste liberal?

PACO Por convencimiento: me convencieron las ideas de Moret, ¡y las abracé! (Accionándolo.)

RAM. (Este abraza las ideas.)

JUANA (En la puerta del foro, sofocadísima: el peluquín torcido y despeinado; sudorosa. Luisa junto á ella Juana se da aire con el aventador de la cocina. Con rabia mal contenida.) ¿Llamaban ustedes?

RAM. (Al ver á su suegra.) (¡María Santísima!)

PACO Sí, llamaba el amo, el amo de la casa. (Por Ramón, á Ramón.) Anda, suéltala eso.

RAM. Sí, llamaba yo, el amo, el amo... (A Paco.) Si tú quisieras sustituirme, ya sabes mi genio.

PACO Oiga usted, anciana: esos riñones al natural están demasiado al natural.

JUANA (A Luisa.) (El maldito peluquín: le devuelvo.)

PACO ¿Usted se figura que esta es la manera de que yo cumpla, digo, de que éste (Por Ramón.) cumpla con un invitado, fregona?

RAM. Muy bien, fregona.

JUANA (A Luisa.) (Les araño.)

LUISA (A Juana.) (¡Por Dios, mamá!) (Luisa viene á la mesa, coge la jarra de agua y dice á Paco:) El señorito quiere agua.

PACO (A Juana.) Puede usted retirarse, bruja. (Vase Juana amenazando con las uñas.)

JUA. (¿Bruja yo? ¡Chulo!)

PACO (Luisa sirve agua á Paco.) ¡Agua, mucha agua, para apagar el fuego de mi pecho! (A Ramón.) ¿Qué te parece?

RAM. Muy bien dicho.

PACO (Persiguiendo á Luisa.) ¡Qué manitas tan suaves tienes! ¡Terciopelo puro! (Ramón se coloca entre Luisa y Paco.)

RAM. (A Paco.) Oye, chico, ¿tú tomas licor?

PACO (A Luisa.) ¡Monísima, monísima! (Paco va á Luisa.)

RAM. (Interponiéndose.) ¿Qué licor quieres?

PACO (A Ramón.) ¡Mono!

RAM. ¡También á mí!

PACO Anís del Mono, hombre. (Se sienta en la butaca. A Luisa.) Oye, doméstica, tengo que decirte un secreto; siéntate aquí. (Sus rodillas)

RAM. (A Luisa, empujándola al foro.) Ya oyes, Anís del Mono para el señor.

PACO No te vayas, niña.

LUISA (A Ramón) (Esto va siendo insufrible.) (Espera en segundo término.)

RAM. (A Paco.) No seas bárbaro. ¿Cómo quieres que delante de mí...?

PACO Es verdad, chico, es verdad; confieso mi torpeza. (Empujándole á lateral izquierda.) Anda, vete.

RAM. (En seguida.) (A Luisa.) Tráenos el café pronto. (Vase Luisa foro.)

PACO Eres un egoísta.

RAM. Y tú un desconsiderado.

LUISA (En el foro, a la criada vieja.) (Anís del Mono, no te equivoques y vuelve en seguida.) (Pasa la vieja hacia la puerta; Luisa viene á la mesa, deja una jarra y vase foro.)

RAM. Las mujeres no se ganan como vuestras posiciones políticas: esos no son procedimientos...

PACO Pero, hombre, entre nosotros... Mira, tengo ya el capricho de dar un abrazo á esa chica, y tú debes recomendarle que se deje.

RAM. ¿Yo?

PACO ¿Qué tiene eso de particular? Hoy por mí y mañana por tí. Si yo estuviera en tu caso, lo haría con mucho gusto.

RAM. (¡Puede que fueras capaz!) (Campanillazo. Pasa Luisa hacia la puerta de la calle y entra después en escena; trae servicio de café.)

RAM. Llaman.

PACO (Cogiendo su americana y chaleco.) ¿Será visita? (Luisa junto á Ramón.)

RAM. (A Luisa.) ¿Pero no abres? (Campanillazo.)

LUISA (A Ramón.) (Son las de Valdivia; yo no abro.)

RAM. Voy yo. (Campanillazo. Mirando á Paco y Luisa, duda.) Pero... (Campanillazo.) Voy. (Vase foro.)

PACO (Dirigiendo la voz al foro.) Comprendido, y gracias, chico. (Se acerca á Luisa, que deja el servicio

en la mesa.) Al fin solos. ¡Chiquilla, qué arisca eres! (Luisa le huye, Paco la persigue.) Ven, mira. (Luisa huye por primera lateral izquierda. Paco entra tras ella; se oye una bofetada y sale Luisa corriendo por segunda lateral izquierda y cruza á segunda lateral derecha. En este momento aparecen en la puerta del foro la señora de Valdivia, Valdivia, hijas y niños. Paco sale segunda lateral izquierda, pero ve gente y se vuelve á la cortina.)

ESCENA VIII

SEÑOR VALDIVIA, SEÑORA de VALDIVIA, hijas, niños; los niños de la mano de las señoritas; todos de tiros largos, ridículos en el vestir. RAMÓN, entra abriéndose paso entre ellos, mira la escena, la ve sola y dice

RAM. (¿Eh?) (Mira por las puertas laterales, nervioso.)

SR. VAL. Venimos á ver el paso de la comitiva al tren.

SRA. VAL. Venimos para que estas pobres hijas vean algo fuera de lo ordinario. A las niñas de ahora, todos estos acontecimientos políticos les cogen de nuevas. A su edad, ya había yo visto tres docenas de revoluciones.

SR. VAL. Sí, y ya pasaremos aquí toda la tarde.

SRA. VAL. Niñas, sentaos. (Hacen ademán de sentarse.)

RAM. (Súbito.) No, no se sienten ustedes. (Nervioso.)

SR. VAL. ¿Por qué?

RAM. Porque no pasa por aquí: eso sale de la plaza de la Constitución, toma por la calle de la Libertad, entra en el callejón de Riego, cruza la plaza de la Revolución y allí ya tira por la calle de Enmedio. (Mira por las laterales.)

SRTA. 1.a ¡Ay, papá, yo no me quedo sin verlo!

SRTA. 2.a Ni yo.

SRTA. 3.a y NIÑOS. Ni yo, ni yo.

SR. VAL. (A Ramón.) ¿Tú estás seguro de lo que dices?

RAM. (Llevándolos al foro.) De lo que no lo e[illegible] de que la alcancen ustedes ya.

SAR. VAL. Pero si es temprano. (A Valdivia.) (Mi[illegible] dos cubiertos.)

SRTA. 1.ª Anda, mamá, que es tarde.

SRTA. 2.ª No vamos á encontrar balcón.

SR. VAL. (Enfadado.) La vemos en la calle.

SRTA. 3.ª ¡Qué cursilería! (Ramón lleva al foro á las señoritas y niños, que se van.)

SRA. VAL. (A Valdivia.) (¿No notas la prisa de éste en echarnos? Al entrar he visto huir una mujer.) (Vase.)

SR. VAL. (A Ramón.) Por lo que veo, se aprovechan las ausencias de Luisa, Tenorio.

RAM. (No me faltaba más que eso.)

ESCENA IX

DON TOMÁS, LUISA, PACO y DOÑA JUANA

TOM. (En la puerta del foro.) ¡Pero no aguardan el paso de la...!

RAM. (Súbito.) Si no pasa, papá. (Don Tomás coge de un brazo á Ramón que va á salir disparado hacia las laterales.) ¡Suélteme usted! (Paco sale por segunda lateral izquierda con la mano y pañuelo en la cara.)

TOM. La gran noticia.

RAM. (Al ver á Paco.) ¡Respiro!

PACO (A Ramón.) (De cuello vuelto, fíate de las manitas aterciopeladas.)

RAM. (Con alegría.) (¡Cuánto lo siento!)

PACO (Imitándole.) (¡Ya se te conoce cuanto lo sientes! Jé, jé, jé.)

TOM. (A Paco.) ¡Caballero!...

RAM. Mi amigo Paco. (A Paco.) Mi papá político.

TOM. (Saca un telegrama.) Ya he tenido el gusto de escuchar á su hermano de usted; ¡qué palabra! (A Ramón.) Dame un abrazo.

RAM. ¿Buenas noticias?

TOM. Excelentes, lee. (Le da el telegrama.)

RAM. (Lee.) «Anunciada elección parcial, necesito candidato Cabeza de Buey. Diga si su yerno quiere serlo.» (A Don Tomás.) Hay que contestar inmediatamente.

TOM. Ya lo he hecho. Oye: (Lee en un papel.) «Acepto agradecido acta anunciada. Remito fondos.» (A Ramón.) Esto de los fondos siempre

es bueno ponerlo. ¿Conque estás contento, señor diputado?

RAM. Contento es poco; ¡loco de alegría! (Yendo al foro.) ¡Luisa! ¡mamá! ¡Luisa!

PACO (Yendo á Ramón y dándole la mano.) Chico, lo celebro de veras. (Sale Juana.)

RAM. ¡Voy á ser diputado! (Le abraza. Juana se sienta en el sofá quitándose el peluquín y dándose aire.)

JUA. ¡Ya no podía más!

PACO ¡Y la abraza! (Sale Luisa: se abrazan ella y Ramón.)

LUISA ¡Al fin!

PACO Pero Ramón...

RAM. Ahora te lo explicaré. (Viene á las candilejas.)

PACO ¡Su mujer! (Cae sentado sobre doña Juana.)

JUA. ¡Bárbaro!

RAM. (En la batería.)

Realizada mi ilusión,
colmaría mi ambición
un aplauso general:
prometo una credencial
al que inicie la ovación.

TELON

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta